

LA ESCRITURA SECRETA DE UN MUNDO PROSAICO*

Los cronistas secretos de una ciudad –y de una sociedad- deben ser innumerables. Como son secretos, no podemos saber cuántos son ni cuáles son los motivos de su escritura, más allá de lo que esa escritura trasluce, en los casos en que llega a convertirse en pública, por su edición como libro, como en el caso que reseñamos. Los cronistas secretos de la ciudad son una institución enigmática: no resulta fácil adivinar los motivos que pueden llevar a alguien por muchos años (cuarenta en este caso) a consignar de manera metódica y diaria, manuscrita y en buena medida secreta –se escribe sin el ánimo de que los contemporáneos y familiares supieran de manera estricta qué era eso que allí se consignaba (como en nuestro caso, en donde ciertos párrafos además eran consignados de manera cifrada)- los sucesos y eventos de la ciudad, tal como le aparecen al cronista desde un punto particular de observación.

Si siempre se escribe para alguien, esta forma de escritura secreta es un pequeño enigma, porque se deshace de un valor constante de la escritura moderna: la *distinción social* que (supuestamente) concede el *gesto de la escritura*, la inscripción en un campo que otorga un carácter singular respecto de los demás mortales, un valor ambiguo y un poco rancio que recuerda muy lejanamente las viejas relaciones entre la escritura y el poder, un curioso valor que no perdió ninguno de sus supuestos sociales luego de que la escritura, con la llegada del alfabeto para (casi) todos, convirtió en normal una condición que otros tiempos hacían ver como una *calidad natural* solo poseída por gentes muy poderosas, como en la China, o por gentes menos poderosas, pero capaces de dirigir a través de la escritura su mirada a regiones que escapaban a los demás mortales, incluidos muchos miembros de los grupos de élite (sería raro que un barón de un castillo medieval supiera escribir, pues para eso existían los escribanos de oficio, que conocían esta práctica, marcada aun por la indignidad de su carácter material – como se sabe, el “espíritu” no hace esfuerzos físicos). El mundo industrial y las necesidades de hegemonía política de regímenes democráticos o fascistas, son las grandes condiciones que están detrás de la extensión del alfabetismo moderno, contra el que protestaba el aristocratismo arcaico y superficial de Nietzsche (“un siglo más de lectores y el mundo apestará” decía), pero los valores “nobles” de la escritura se mantienen, a pesar de la extensión de “lo escrito”.

La palabra “diario” –utilizada con acierto por los editores, pues se trató de una actividad llevada día por día, con las excepciones que son de esperarse en un periodo tan largo- es rica en significados, pero uno de ellos remite a la escritura autobiográfica y ha sido históricamente uno de los caminos que llevaron hacia la novela, hacia el mundo de la introspección, hacia la constitución del sujeto moderno por la escritura que expande el “yo”. El “diario es cercano a la confesión profana, como en Rousseau, y a la confesión un tanto banal que hace una quinceañera luego de su primer baile (desde este punto de vista del estereotipo, la escritura de “diarios” aparece como una escritura femenina. Una vendedora de almacén de la ciudad me informa que “diarios” –a veces con el pequeño atractivo de un candado- solo se compran para “chicas-).

Pero José Manuel Restrepo, el gran historiador de la revolución de Independencia llevó un “diario”, dedicado sobre todo a las noticias de guerra y a los eventos políticos -en parte esos diarios constituyen la base de su *Historia de la Revolución en la Nueva Granada-*, con lo cual prolongaba una costumbre de muchos generales en guerra. El Che Guevara, escribía de manera

* A propósito de Bartolomé Rugeles, *Diarios de un comerciante bumangués, 1899-1938* –Transcripción y edición a cargo de Aída Martínez de Carreño-. Bogotá, Academia Colombiana de Historia/Universidad Autónoma de Bucaramanga/Cámara de Comercio de Bucaramanga, 2005, 399p.

diaria sus reflexiones, luego publicadas y convertidas en un libro de mochila para sus adeptos: *El diario del Che en Bolivia* (o *Pasajes de la guerra revolucionaria*, para una época anterior). Por su parte los antropólogos, tal vez desde Malinowski, llevan un Diario de campo, en donde consignan sus hallazgos de terreno (el canon aconseja que esa escritura reflexiva sea nocturna) y las complejas relaciones que llevan con las comunidades nativas a las que observan e intentan comprender (no sabemos si en algún lugar del África o de América Andina se haya encontrado el caso de una comunidad que lleve un diario de campo sobre los antropólogos que la visitan. Podría ser interesante).

Bartolomé Rugeles (Bucaramanga 1860-1938), comerciante fracasado y, como diríamos hoy, dirigente cívico de su ciudad, llevó por casi cuarenta años un diario (tal vez fue un escritor tardío, pues parece haber arrancado llegando a los cuarenta años), en el que consignaba una serie innumerable de sucesos y eventos que en su transcripción completa suman 1275 páginas, en donde se han vertido los 44 cuadernos sobrevivientes, de un total de 78, que fueron los que agotó, con letra no muy grande y un al parecer económico uso del papel (los 34 restantes se los llevaron las polillas historiadoras, que deben estar preparando su propia antología). Todo ese trabajo se encuentra ahora en un C D –un objeto que Rugeles no hubiera podido imaginar- y de manera recortada en un libro que llega casi a las 400 páginas de tamaño grande. La editora, con una tijera obligada, que siempre debió lamentar, hizo lo que su buen sentido le aconsejó y suprimió lo que le pareció muy cercano a los chismes, a las calumnias, a la intimidación familiar, a lo trivial y repetido, etc., para que un volumen no tan grande pudiera publicarse. Lo que tenemos es pues una *selección* –como en el texto se advierte de manera explícita- y cada investigador lamentará ausencias que se relacionan con su propio trabajo o con su propia idea de lo que es significativo y de lo que no lo es. Yo por ejemplo lamentaré que la información diaria acerca de los precios del mercado (de la *galería*) no esté en el libro y haya que ir a buscarla al C D –pero ya es algo saber que existe-, pues para quienes se interesen por la historia económica, informaciones diarias de precios para cuatro décadas, referidas sobre todo a productos de consumo general y con las que se pueden formar series, no deja de ser un banquete –un historiador francés de los años 1960 hubiera dicho que era el banquete *par excellence*-. Lamento también que se haya dejado de lado por fuerza de necesidad toda las “hojas volantes, tarjetas de invitación, programas de teatro, notas sociales y noticias internacionales que el autor pegó en sus cuadernos, para ilustrar el libro” (p. 12), difíciles de reproducir pero muy útiles para captar la vida cultural y la información que sobre el mundo tenía a su alcance un colombiano de clase media y con intereses culturales en las primeras décadas del siglo XX –aunque estos sucesos son de todas maneras abordados en el texto-.

Los *Diarios de un comerciante bumangués* son una valiosa fuente de información sobre aspectos muy sustantivos de la vida del país y de esa ciudad en una época clave de la sociedad colombiana. Aunque de toda “etapa” de la vida de una sociedad el historiador interesado declara que se trata de un periodo “clave” –pues nadie diría lo contrario del periodo que estudia-, no hay duda que los años que tienen por extremos el inicio de la Guerra de los Mil días y el cierre el primer gobierno de la República Liberal, incluyen episodios significativos de la vida del país, como son por ejemplo el arranque del capitalismo –la sociedad moderna- a partir de la acumulación que permitió el sector exportador (el café de manera básica), la aparición de las clases sociales modernas y de sus inevitables conflictos, el desarrollo de la Escuela Nueva, el surgimiento del movimiento literario y artístico de Los Nuevos, el desarrollo de las obras públicas con los dineros de la “indemnización” por el robo de Panamá, el consumo amplio de productos extranjeros de cierta sofisticación –y esto a pesar de la pobreza comprobable de gran número de colombianos-, el desarrollo de un incipiente gusto por el cine –un oficio del siglo XX decía Cabrera Infante-, las iniciales mejoras en el tradicional analfabetismo, el desarrollo de la prensa (Rugeles menciona desde luego la aparición de

Vanguardia Liberal), los inicios de la aviación, la aparición de una nueva concepción de la infancia, la práctica extendida de deportes modernos de masas como el fútbol, el boxeo y basket ball, y en general una aceleración del tiempo y un sacudimiento de las estructuras sociales que nos llevó finalmente a ese lugar difícil, ambiguo y esperanzador en donde “todo lo sólido se desvanece en el aire”, como había señalado Marx en el siglo XIX y analizado Marshal Berman en el siglo XX. No parece una época falta de aceleración y novedades mayores y vale la pena investigarla.

Para comenzar hay que señalar la riqueza de las informaciones económicas regionales, nacionales e internacionales, y en primer lugar el registro que se hace de los precios del café y de las formas tortuosas como va imponiéndose el curso forzoso del papel moneda (muy escaso en esos años) y la manera como el precio del dólar va indicando la integración cada vez mayor de la economía colombiana a la economía internacional. Pero también noticias sobre el surgimiento de un capitalismo industrial y accionario, sobre la organización de un mundo de gerentes y juntas directivas de empresa, sobre la creación de las iniciales empresas de servicios públicos, sobre el descubrimiento del petróleo en la región santandereana y la inicial exploración y explotación, todo narrado por un comerciante fracasado, que vivía repleto de deudas y que en buena medida se sostenía con los préstamos de sus amigos y con la venta de propiedades que su mujer había recibido como herencia. Además, mucha de esa información económica, es ofrecida bajo una forma que la hace fácilmente cuantificable y muchas veces organizada a la manera de una estadística primaria.

Se puede indicar así mismo la importancia de las informaciones políticas, que además comprueban la vigencia de la gran pasión que los colombianos heredaron del siglo XIX: *la política*, tan cercana siempre de la violencia, pero no menos de la actividad electoral –que es de manera sistemática registrada en los *Diarios*- y que desde bien iniciado el primer siglo de vida independiente tiene en Colombia un marco nacional, para mala suerte de los historiadores que separan la nación de las regiones y que construyen historias autónomas de sus “comarcas” y “patrias chicas”, como es tan frecuente en el país. Por fuera de las informaciones puramente locales y circunstanciales sobre el nombramiento de funcionarios públicos, es de gran riqueza la información sobre la historia electoral, sobre las dificultades para construir un sistema de votación confiable, un registro electoral bien establecido, que es una base sólida del funcionamiento del régimen democrático. Para mal o para bien, los *Diarios* de Rugeles dejan en claro para ese entonces una vida muy activa de los partidos políticos, que ahora llamamos “tradicionales” y que parecen hoy atravesar una larga fase de agonía o por lo menos de transición (lo que sería mejor para el funcionamiento democrático, difícil de imaginar sin partidos políticos y luchas electorales).

De la misma manera, lo que puede ser llamado la actividad cultural de la ciudad y de la región encuentra un lugar adecuado en estos *Diarios*. Rugeles era miembro del Club del Comercio y un personaje reconocido en la ciudad por su participación en todas las actividades que se organizaban como soporte de la actividad filantrópica que los notables de la ciudad hacían para ayudar al sostenimiento de hospitales, orfanatos, escuelas públicas. Por los *Diarios* sabemos acerca de las “sopas de pobres”, de los bazares, de los reinados con fines benéficos, pero no menos de la actividad teatral, del cine, de los conciertos y de una amplia labor de conferencias que los intelectuales –liberales y conservadores- ofrecían en las capitales departamentales y en la provincia (por Bucaramanga pasaron López Pumarejo, Agustín Nieto Caballero y Laureano Gómez, entre otros) y también pasó un poeta de tono absolutamente moderno como el gran Porfirio Barba Jacob, del que nos imaginamos que debió dejar alguna deuda en un hotel, dos poemas en una sucia servilleta y la mirada puesta sobre dos o tres jóvenes efebos.

Los *Diarios* convencen de una manera rotunda de la integración del país al mundo desde muy temprano en el siglo XX –con lo cual se cerraba el frágil aislamiento que hubo en algunos momentos del siglo XIX y se continuaba la tendencia cosmopolita de nuestra sociedad, tan clara en los siglos XVI al XVIII, en la época de la Monarquía ibérica, a pesar del constante lugar común que los historiadores hemos repetido acerca del “aislamiento del país”, una visión que se ha reforzado en estos años con el descubrimiento tardío y a veces mal asimilado de la “globalización”, un fenómeno menos reciente de lo que se piensa –¿no se nos advierte desde los renglones iniciales del *Manifiesto Comunista* que el capitalismo es inimaginable sin “la circunnavegación del África y el descubrimiento de América”?

A pesar de lo que dicen los prólogos y presentaciones que los editores han colocado al volumen en que se reúnen los *Diarios* de Rugeles, éstos no nos instruyen simplemente sobre la ciudad ni sobre la comarca, ni contienen los datos que un memorialista parroquial desearía para hacer la “crónica de su aldea”. Nos informan más bien sobre las relaciones entre mundos que se hacían más estrechos cada día. Nos cuentan de qué manera los movimientos nerviosos del capitalismo internacional se concretaban en la vida aldeana, nos ponen de presente de qué manera la Primera Guerra Mundial y la Segunda, con cuyos ecos se cierran estos *Diarios*, se insertaban en la vida del país para transformarla de una manera compleja y a la manera de un huracán que nos arrastraba hacia la modernidad, de la forma como ésta siempre se ha impuesto en todas partes del universo, es decir, como un “proceso no conciente y no planificado”, para decirlo en las palabras de Norbert Elias

. Un grupo de teatro que vino de China, un concertista de violín llegado de Polonia y que se quedó en el país escuchando boleros, mientras pasaba el invierno en su país, un circo mexicano que no termina de despedirse mientras enflaquecen sus tigres y leones (no siempre bien tratados), los avances en el radio, la llegada del automóvil y los avances del tres (que modifican la percepción del tiempo y la visión del paisaje, como ha sido tantas veces demostrado), la presencia de pequeñas colonias de extranjeros y tantos otros elementos que funcionan como interconexiones entre mundos porosos, son puestos de presente por estos *Diarios*, de una manera que desconocen quienes han visto la realidad de la globalización como un fenómeno de los años recientes.

Entre muchas otras observaciones y preguntas que se pueden hacer sobre estos *Diarios*, están aquellas que se relacionan con su carácter de fuente histórica. Desde luego que lo es, tanto bajo su forma de testimonio directo (el yo testimonial de Herodoto), como bajo su forma de testimonio indirecto (todo aquello que resulta de la información, pero que es ajeno a lo que ella buscaba en principio comunicar). La utilidad del testimonio no se anula por la pertenencia de clase, ni por la afiliación al liberalismo, ni por tratarse de un hombre arruinado, que busca describir la fuerza que lo empobreció. Como todo testimonio, y esto de manera universal, este es un testimonio *parcial y arbitrario*, no solo por los elementos que individualizan a Rugeles como sujeto (sujeto social desde luego), sino por algo más: porque no existe narrador omnisciente, porque todo testimonio es *posicional*, porque se habla siempre desde un lugar. Corresponde al analista emplear a fondo todos los acumulados del método crítico documental que permiten a través de técnicas de confrontación y comparaciones diversas volver utilizable lo que en principio pertenece al campo de una mirada parcial y comprometida (como lo son todas las de nosotros los *humanos*, precisamente por ser seres de *deseo e interés*). La idea de desechar un grupo de informaciones por su carácter parcializado es sencillamente una prueba de ingenuidad analítica, pues supone que existen testimonios absolutamente imparciales, a los que el analista podría otorgar toda su confianza, más allá de toda perspectiva crítica. Los historiadores llamados de “izquierda” (es decir los que se suman piadosamente a la causa popular, a cuya cabeza desearían estar, por lo menos como comentaristas privilegiados) y de manera más reciente los postmodernos USA que decidieron que los testimonios históricos no resultan válidos para el análisis sino cuando son el producto del grupo étnico, racial o sexual de

que se trate, coinciden en su incomprensión del carácter unilateral de toda fuente histórica y renuncian al tratamiento y elaboración de cierta clase de fuentes (el corazón del oficio), porque no son la “expresión de la palabra del nativo o del sometido”, con lo que abandonan a su vez una tarea teórica mayor del oficio: las mejoras sistemáticas del “método crítico documental”, tal como lo vienen haciendo los grandes historiadores, desde Jean Mabillon hasta Michel Foucault.

Pero además, en el caso de Rugeles, sin que desaparezcan las complejidades de utilización de cualquier testimonio histórico, los *Diarios* favorecen el trabajo del analista por dos razones: en primer lugar porque presentan un número muy grande de informaciones numéricas, que pueden ser verificadas sin grandes problemas a través de muchas otras fuentes. Así por ejemplo lo que se relaciona con el movimiento de los precios del café (o de muchas otras mercancías, entre ellas una gran variedad relacionada con el trabajo de la agricultura y la actividad ganadera y con el comercio de bienes de consumo, y desde luego con el precio de la tierra y las formas de su arriendo). Pero no menos son útiles los datos que se relacionan con sucesos y eventos que no se prestan con facilidad a su reducción a un lenguaje de cifras. Lo que facilita en realidad la tarea es una especie de “objetivismo” que rodea las descripciones de Rugeles. Desde el punto de vista del análisis literario formal, nuestro escritor habría pertenecido a una escuela literaria “naturalista” y pudo haber sido un buen estudiante de botánica o de zoología, por su tendencia a describir sin arriesgar demasiado juicios y poniendo los ojos sobre el objeto de interés. Además, a pesar de que sus negocios fracasaran de manera rotunda, su forma de representarse esa actividad de intercambios mercantiles ya parece haber evolucionado del “más o menos” al “mundo de la exactitud”, Rugeles cuenta, enumera, hace cuadros, introduce estadísticas y es muy apegado a los hechos, aun cuando se trate de situaciones políticas que contradicen sus opiniones (elogia una conferencia de Laureano Gómez y dice de la Huelga de las Bananeras en 1928 –un movimiento social que no apreciaba-, al recordar que hubo un número grande de muertos entre los trabajadores y pobladores y ni un solo soldado herido, que esa es una prueba de que “fue un asesinato de tigre y burro amarrado”. (p. 286). Además Rugeles es de una impresionante sobriedad en el terreno de lo familiar e íntimo y aunque la vida de su familia, parientes y amigos es ampliamente recreada, se trata casi siempre de datos precisos, portadores de rica información, pero no extraviados en alguna forma de lirismo que los haga inutilizables, a lo que se agrega un elemento clave: su atención a la sociedad en su conjunto, la idea (implícita) de que la sociedad está compuesta por grupos diversos (no solo por las clases dirigentes; pero no solo tampoco por las clases subalternas, o como se dice ahora mismo, las “minorías dominadas”) y que el trabajo del análisis no puede ser más que relacional, un enfoque extraviado hace bastante tiempo en la “ciencia social USA” que se practica entre nosotros, una versión tan unilateral de la gran tradición de investigación social de ese país.

R. SILVA